

Distancia y acercamiento

No se trata sin embargo de caer en una visión maniqueísta, que equipare la política al mal o a lo demoníaco y la cultura, al bien. Precisamente lo demoníaco residiría, a nuestro juicio, en la distancia y el desencuentro —acrescentado con la modernidad— que se viene dando entre ambas lógicas. Cabe señalar, incluso, que este distanciamiento y la unilateralidad se propician a veces desde la propia esfera de la cultura. Las ortodoxias —amparadas en esta distancia— se dan desde ambas lógicas. Son reveladoras, en este sentido, las posturas que propician el purismo cultural, frecuentes en países con una alta población indígena.

Algunos intelectuales de países como Perú, Bolivia y Paraguay, esgrimen, en efecto, una concepción dual de la cultura de América Latina. Ello implica, por un lado, la existencia de un núcleo cultural endógeno, un componente autóctono incontaminado de sustrato precolombino, indígena o rural, y por otro, un componente ilustrado, foráneo y contaminado. Oponen entonces la cultura nativa a la occidental, lo autóctono a lo exógeno, la cultura tradicional a lo moderno. Desde esta postura perciben como positivo hasta el analfabetismo, pues implicaría una forma de lucha y de resistencia cultural. Se trata de una totalización inflexible que se hace desde el ámbito de la cultura, en que la mirada política es sacrificada en función de una suerte de fundamentalismo y ortodoxia cultural.

De todo lo anterior se puede concluir entonces que el gran desafío es la aproximación y el entrecruzamiento de estas dos lógicas que históricamente, sobre todo en el curso de la modernidad, han tendido al desencuentro. Frente a la mirada unilateral, entonces, el multifacetismo.

La mirada cultural

Las preocupaciones más acuciantes de la actualidad latinoamericana requieren una mirada cultural. Problemas y desafíos como el desarrollo, la modernización, el impacto y rol de la televisión, la descentralización o regionalización, la contaminación, la calidad de vida, incluso el ámbito de la política. Estos problemas suelen ser «leídos» o diagnosticados sólo con una mirada económica o, cuando más, política.

En cuanto al desafío del desarrollo, la mirada cultural sale al paso a las percepciones economicistas que miden el desarrollo únicamente en términos de indicadores universales de corte tecnocrático-racional, como si esa fase se alcanzara con un determinado índice estadístico. A partir de

la variable cultural se vertebra, entonces, una concepción integral del desarrollo, que valora lo cultural como una dimensión no adjetiva sino sustantiva del mismo. La mirada cultural contribuye también al concepto de desarrollo endógeno, apuntando así a un desarrollo originado en el interior de cada país, basado en los contextos reales de cada sociedad, en las necesidades y aspiraciones de su población y en los recursos actuales y potenciales de que dispone. De acuerdo con esta mirada cada sociedad debe encontrar su propio modelo de desarrollo y no hay un modelo único que pueda ser aplicado como tabla rasa. Se trata por ende de imaginar modelos de desarrollo que sean consecuentes con la especificidad cultural y social de cada país y que no transgredan su memoria colectiva.

La regionalización o descentralización de un país no puede tampoco concebirse únicamente como un proceso administrativo o de índole jurídico-burocrática. La dimensión cultural y la necesidad de preservar y fortalecer las identidades culturales regionales es una necesidad para el éxito del proceso mismo de descentralización. Y nos referimos al éxito en toda su amplitud: éxito político, administrativo y económico.

Incluso en el análisis de la esfera política la mirada cultural tiene mucho que decir. En efecto, los partidos políticos tienen una cara visible: sus ideas, sus programas, sus afinidades ideológicas; pero tienen también otra cara que rara vez se explicita: una cara y una agenda casi secreta de índole cultural. En el caso de Chile y de cada uno de los partidos se podría decir, en este sentido, algo más. El partido radical es (o era) la cultura del comistrajo, del dominó, del amiguismo, del servicio y de la camaradería. El partido comunista —más allá de su a menudo equivocada cara visible— es (o era) la cultura de la puntualidad, de la seriedad y honradez, del sacrificio y del tradicionalismo moral. Estas dimensiones culturales casi nunca se consideran en el análisis político, pero sin duda existen, y a veces son —ya vimos que la perdurabilidad es una de las características de la lógica cultural— tanto o más relevantes que la agenda visible o explícita. La variable cultural debiera ser, por ende, un componente fundamental en el análisis y consideración de los más diversos problemas, desde el desarrollo y la modernización hasta la regionalización y la política.

Democratización y democracia cultural

Las políticas culturales constituyen una instancia de aproximación entre la esfera de la política y la esfera de la cultura, con beneficios para el conjunto de la sociedad. La democratización cultural, en tanto modelo de política cultural, tiene como objetivo repartir el capital y la acumulación

cultural que existe en la sociedad. Se trata de una propuesta extensionista que busca facilitar el acceso de las mayorías a los bienes culturales, bienes que abarcan de preferencia las expresiones artísticas legitimadas por la tradición. Se trata también de lograr una mejor distribución geográfica y social de la infraestructura a través de las cuales circulan esos bienes (cines, bibliotecas, librerías, etc.).

La moderna industria cultural ha contribuido, no cabe duda, a la democratización cultural. Los más de un millón de aparatos de televisión y los catorce millones de radios que existen en Chile han favorecido la democratización de la música, la información, etc. Por regirse fundamentalmente por una lógica mercantil, estas industrias culturales conllevan sin embargo el peligro de la uniformación transnacional de la cultura. También, el peligro de que la vida cultural se convierta en un fenómeno de consumo pasivo, y no en un proceso activo o participativo. Por todo ello resulta necesario complementar el parámetro de democratización cultural con el de democracia cultural.

Cabe pensar que así como hay una ciudadanía política (derecho a voto, a emitir libremente las ideas, etc.), debiera haber una carta de ciudadanía cultural. Una carta que al menos considerara los siguientes derechos: derecho al acceso cultural; derecho a la producción cultural y por ende a los espacios de formación y elaboración artístico-cultural, y derecho a participar en la gestión cultural. Las políticas extensionistas o de democratización cultural tienden a satisfacer sólo el primero de estos derechos. De allí la necesidad de una propuesta que contribuya a aumentar la creatividad cultural, de modo que la sociedad, en sus diversos sectores, se haga más viva y protagónica.

La democracia cultural implica hoy día necesariamente una democracia comunicacional. Vale decir: la posibilidad de que los distintos agentes sociales y culturales del país se expresen. Que estén presentes en el imaginario colectivo: en el modo como nos concebimos y representamos. La heterogeneidad cultural debe expresarse a través de los medios. Ello contribuye a favorecer la autoimagen y a democratizar la sociedad en una dimensión que va más allá de lo estrechamente político. Solamente en la medida en que la heterogeneidad de sectores o de energías culturales latentes que existen en la sociedad sean reconocida y favorecida (por el Estado, por la sociedad civil o política) se estarán sentando las bases para que el movimiento creador de cada individuo pueda expresarse plenamente.

La democracia cultural (y comunicacional) es un factor fundamental para la estabilidad democrática (en el sentido político) de un país. Constituye una forma de integración tanto o más válida que la que se logra por la vía del mercado o del consumo. Qué duda cabe que si el Perú fuese un

país culturalmente integrado no existiría Sendero Luminoso. La democracia cultural y comunicativa aproxima la esfera de la política a la esfera de la cultura y contribuye a que la una sea para la otra como el guante para los dedos de una mano.

Se puede concluir entonces que las políticas culturales en su doble parámetro (de acceso y participación en la vida cultural) constituyen un factor fundamental para aproximar la esfera de la cultura a la esfera de la política, para promover el multifacetismo y para darle, en el largo plazo, mayor solidez y estabilidad democrática a nuestra sociedad.

Bernardo Subercaseaux





Retrato de Arturo del Villar, por Gloria Torner